

## *El deseo del analista*

Comentario de *¿Reinventar la Escuela? Preguntas porteñas*. Jacques-Alain Miller.  
Gramma. Bs.As. 2024.-

El presente libro es la recopilación de dos jornadas en la EOL y de las que participaron analistas y jóvenes estudiantes de psicoanálisis de orientación lacaniana, quienes luego de leer dos textos recientemente publicados de Jacques-Alain Miller, *El nacimiento del Campo freudiano y Cómo terminan los análisis. Paradojas del Pase*, formularon una serie de preguntas al autor. En el primero se trata de la historización del Campo freudiano, desde los momentos donde Jacques Lacan elaboraba la última parte de su enseñanza; tiempos luego marcados por su deceso, lo cual abriría otros capítulos en esa historia. En palabras de Jacques-Alain Miller el primer libro de estos dos últimos mencionados “es un instrumento para entender el presente del psicoanálisis y las instituciones y orientar nuestras decisiones actuales”: me parece una indicación clara. Más adelante: “(cuando las instituciones) gozan de una tranquilidad institucional profunda (...) incluso a veces demasiado profunda, puede conducir a dormir”, cuestión que Germán García tenía presente en todo momento y por ello se las arreglaba para *despertar*, o al menos movilizar e inquietar, para provocar algo de ese despertar. Respecto de los efectos de grupo en las instituciones analíticas, Miller se referirá a “la experiencia de las responsabilidades y (...) las ambiciones rabiosas insatisfechas.” Luego de dar razones del fracaso del pase en esa historia, expondrá el por qué de dar “entrada a la juventud”, lo que llama la “política de la juventud”, un poco fundada en los efectos constatados del mantenimiento de analistas que pueden anquilosarse en ciertas funciones institucionales: de allí su interés en que los interlocutores elegidos para la ocasión -los que plantean las preguntas-, sean justamente jóvenes practicantes o aspirantes a analistas, quienes quizá se interesan por la Escuela y su funcionamiento en algunos casos por primera vez. Está acentuado en esa historia que menciona de la *École de la Cause Freudienne* el lugar otorgado por Miller a la llamada *Excomunió*n de Lacan de la *IPA*. También las consideraciones respecto del analista como “lugar vacío”, en el sentido de que no hay ser del analista que no se corresponda con la idea de vacío: no hay esencia en el ser del analista, puesto ese ser está hecho de nada, de un “significante cualquiera”, tal como lo dice Lacan en la “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela” (*Otros Escritos*).

Respecto del lenguaje como constitutivo del mundo en el que habita el *parlêtre*, dirá Miller: “¿Qué le da su coherencia a un micromundo sino su lengua? Una familia es un micromundo que tiene su vocabulario propio, significante con sentidos peculiares sólo válidos dentro de dicha comunidad. El mismo fenómeno se produce dentro de un grupo de amigos, un micromundo a veces con la fabricación voluntaria de signos propios, de prácticas ritualizadas para distinguirse de otras bandas. Cada micromundo tiene su jerga. También el micromundo mediático, que nos hace creer que el mundo existe. (...) Nuestro micromundo obtiene su coherencia de los textos que todos leemos, los de Freud y de Lacan. (...) Entenderse demasiado es no entenderse. Esa es la enfermedad más terrible del micromundo: que la repetición de los enunciados borra la enunciación.” Miller se reconoce responsable de haber puesto en circulación ciertos sintagmas, con la consecuencia de haberse transformado en *clichés* repetidos al infinito sin saber exactamente a qué estaban referidos, como por ej. “el atravesamiento del fantasma”, frase dicha por Lacan una sola vez en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* y que una vez resaltada por Miller se ha repetido por doquier habiéndose transformado en la “doctrina fundamental del pase.” Resulta divertido ver a Miller ironizando sobre los diversos modos de presentación de los testimonios de candidatos al pase a lo largo de tantos años.

Respondiendo una pregunta se refiere al *deseo del analista* citando a Lacan: “¿Qué idea puede cruzarse por la cabeza de alguien para querer convertirse en analista? (...) ¿Podría ser que el deseo del analista, en tanto deseo de *ser analista*, sea similar al goce propiamente femenino? Se experimenta, pero no hay palabras para decirlo. (...) En este documento (se refiere a la “Proposición...”) encontramos una definición del analista como enunciación y más específicamente como una *x* en su propia enunciación. Es la puesta en fórmula de lo que de antemano Lacan ilustra con el *Che vuoi?*, señalando que el analista está en posición de *x* en su propia enunciación.

El *Che vuoi?* significa “¿Qué me quiere decir el analista cuando habla?”; y cuando no habla también. Cabe destacar que el “decir” es diferente del “hablar”. (...) A nivel de su deseo el analista se mantiene en una posición de  $x$ : no se sabe lo que quiere. Podríamos decir que el analista practica *el arte del enigma*. Esto implica algo más allá del enunciado, pero no se sabe. Se puede cernir el deseo del analista acumulando múltiples sentidos. (...) A diferencia de la demanda, que siempre es demanda de algo, el deseo del analista no es deseo de algo en particular. (...) Desea el retorno del sujeto analizante, desea que éste hable, desea que se divida, desea la reducción de los síntomas, la caída de los significantes-amo y la aceptación de la castración. Desea obtener la diferencia absoluta del sujeto: aquéllo que lo hace parecido a nadie, lo que lo pone aparte en una posición de excepción -”todo menos yo”, que es la raíz de la posición neurótica-. Desea ocupar el lugar del objeto pequeño  $a$ , alrededor de lo cual se enrolla el discurso analizante y ocupando la posición de  $a$  el analista está dispuesto o desea ser amado sin usar ese amor para su goce, amado como agalma y después evacuado como un desecho al final del análisis. Esto es lo que lleva a Lacan a preguntarse: “¿Qué idea puede estar pasándoles por la cabeza? De hecho, han visto cómo han dejado caer a su analista como si fuera un desecho ¿y luego quieren sufrir el mismo destino?” Así, el deseo de ser analista le parece problemático. Así, todos esos sentidos del *Che vuoi?* quedan ocultos en la  $x$  de la enunciación del analista.”

En *Cómo terminan los análisis* Miller precisa: “Si nos preguntamos ahora de qué está hecho el ser del analista para el paciente, podemos responder: está hecho de la misma libido del paciente. El analista es como una concreción libidinal. Hay variaciones en la asignación libidinal que se le concede. La entrada en análisis, en tanto distinta de la entrada en el consultorio del analista, significa que la primera investidura se ha cumplido, que el analista, al que uno quizá había venido a ver “por azar” se ha convertido en el objeto, que ha habido elección de objeto. Además esta elección es muy apropiada para indicar el modo en que el paciente constituye sus objetos. La elección del objeto analítico es, como toda elección de objeto, propiamente transferencial en el sentido de Freud, el de la repetición. No hay amor que no esté fundado en una transferencia de libido a partir de los objetos primarios, que son edípicos. (...) Por supuesto es el analista quien debe decidir la entrada en análisis, pero a condición de haber sido investido con el estatuto de analista por el paciente. Sin duda es un analista al principio, su nombre en las listas da fe de ello; aún así es necesario que renazca como tal para el paciente, para éste y no para otro. En la medida en que el paciente invierte al analista, en el doble sentido de inversión e investidura, incluso más allá de lo que él puede saber, y se dirige a él con un “Tú eres mi analista”, éste puede responderle con un “Yo lo soy”. No con un “Entra!” sino con un “Estás en análisis”, es decir “Tú ya has entrado”. Porque ésto se dice siempre en pasado. La entrada en análisis como escansión, marcada o no por el paso al diván, es una interpretación. (...) Hay que recordar aquéllo que de la libido que cede al analista vuelve al sujeto, es decir hay motivos para considerar un análisis desde el punto de vista de la satisfacción que el sujeto encuentra allí. Al fin y al cabo la demanda de análisis sigue siendo la única que el analista puede satisfacer legítimamente. Por otra parte, algunos sujetos no pueden soportarlo. Al no recibir un *sí* bien claro a la entrada en el análisis, prefieren mantenerse a lo largo de toda la cura en el suspenso de saber si su demanda de análisis será satisfecha. De este modo realizan todo su recorrido analítico bajo la amenaza de que esta demanda no sea satisfecha.” Creo posible constatar en este sentido el caso de una mujer, de estructura histérica, donde la necesidad de verificar su lugar en el Otro define entre otras cosas su lazo a los otros, tornándose por momentos insoportable para esos otros, en la desesperación de no poder tener la certeza de ese lugar: calibra su lugar en el Otro tiéndolo siempre con la ambigüedad afectiva de esa interrogación.

Miller desarrolla la idea del final de análisis advirtiendo los señalamientos de Lacan respecto de las ideas de Freud: “La experiencia analítica tiene un final, pero ese final tiene un impasse -ése es el testimonio que nos dejó Freud en su artículo “Análisis terminable e interminable”-. Para Freud todo psicoanálisis se topa con una resistencia irreductible. La existencia de ese tope no depende para nada de la particularidad clínica del paciente o de la torpeza del analista. No se llega allí porque el sujeto sea demasiado neurótico o el analista incompetente. Para nada. Freud lo define, cosa muy singular, como un impasse de estructura, válido para todo sujeto. Y de hecho, mientras más lejos se

lleve la experiencia, mientras mayor sea la competencia y conformidad con las propias indicaciones de Freud, más ha de manifestarse, según él, este impasse. Uds. conocen el nombre freudiano de este impasse: es el complejo de castración y especialmente en la mujer es el *Penisneid*, esa “envidia” como la traducen, que tiene, valga la expresión, atornillada al cuerpo. (Recordemos la feliz expresión hallada por Germán García de “empeño en el pene” para traducir el *Penisneid*). Para Freud este tropiezo no es contingente: se produce necesariamente. Es un impasse no de hecho sino de derecho. La dirección más segura de la cura sólo puede toparse con esta roca, que de hecho resulta ser un escollo. (...) Hay una ironía, una paradoja: la experiencia analítica tiene un final ideal, distinto de toda interrupción accidental o de toda interrupción digamos por conveniencias personales, y este fin ideal es el fracaso. La única “cláusula de clausura” es el complejo de castración.” Miller pone el acento en diferenciar que, “si bien tanto Freud como Lacan concuerdan sobre la finitud de la experiencia analítica, la “cláusula de clausura” de Lacan es del todo distinta de la Freud, pues supone la transformación del analizante en analista, el viraje de una posición a otra. Es pues un asunto que no interesa sólo al analista; interesa sobre todo al analizante.” Por ello es que Miller se detiene a lo largo de este texto a establecer que “aún si no practica el psicoanálisis” el analizante que ha llevado a término su análisis está en posición de analista: “Devenir analista no tiene nada que ver con el hecho de ejercer un oficio, sino que caracteriza una posición que se alcanza en el análisis mismo del sujeto. El aprendizaje, el saber hacer son exteriores a la cuestión propiamente dicha. La posición de la que se trata es indiferente al hecho de que el sujeto funcione o no como practicante.” En este sentido afirma que “Lacan piensa llevar sus análisis más allá del punto que según Freud constituía el residuo irreductible, el *caput mortuum* de la experiencia, más allá del final freudiano.”

Continuará luego explicando: “¿Cuál es el escollo de la experiencia según Freud? ¿Qué es lo que le falta? La cláusula que diga al hombre cómo ser hombre para una mujer y a la mujer cómo ser mujer para un hombre. En el fondo Freud comprueba que esa cláusula que él espera falta y por ello postula como irreductible el complejo de castración. (...) Lacan es el más fiel a Freud cuando postula que no hay relación sexual. La fórmula preserva la irreductibilidad de lo que Freud designaba como castración, pero indica igualmente que el asunto del final de análisis no se sitúa en el nivel de la relación sexual, que no la hay. (...) Es un hecho, el psicoanálisis no hace que exista la relación sexual. (...) El objeto no obstaculiza el advenimiento de la relación sexual. (...) El objeto, por el contrario, obtura la relación que no hay y le da su consistencia fantasmática. El final del análisis entonces en cuanto supone el advenimiento de una ausencia, depende del atravesamiento del fantasma y de la separación del objeto. (...) En el inconsciente hay un punto de no saber: del hombre sobre la mujer y de la mujer sobre el hombre. Ello puede formularse así: los dos sexos son extraños uno al otro, exiliados. Sin embargo, esta formulación simétrica no es la correcta. De hecho el no saber del que se trata incide preferentemente sobre la mujer. Si no se sabe nada del otro sexo es sobre todo porque no se sabe nada de la mujer en el inconsciente. De allí que se proponga la escritura del *Otro sexo* para decir que es Otro, distinto absolutamente. (...) La ausencia del significante de *La* mujer da cuenta de la ilusión de infinito que engendra la experiencia, signada no obstante por la finitud, pero que es una experiencia de palabra. Ahora bien, la estructura diacrítica del lenguaje que hace que un significante valga sólo por otro significante, S1-S2, libra la palabra como tal a una recurrencia sin fin.”

Dicha estructura del lenguaje llevará a Miller a ubicar el tema de la interpretación como problemático, porque puede “eclosionar una psicosis” (el ejemplo es el delirio de influencia de una psicosis alucinatoria crónica presentada en el Hospital Sainte-Anne, donde el psicoanalista era considerado como manipulador del aparato de influencia). Pero también “la función de la interpretación como lenguaje del Otro, ya que el oyente es el que decide sobre la significación de lo que se emite. Lo cual implica que puede reducirse a una puntuación. (...) Los espejismos del deseo, sus deslices complacientes, sus metamorfosis (...) sobre los rieles del significante el análisis proporciona al sujeto un espacio de errancia. Es también lo que hace a la felicidad de la interpretación. ¿No es después de todo lo que pagamos, la plusvalía del goce, el *plus-de-goce* que la operación libera? (...) Sin duda, el deseo fulgura y se escabulle. Pero también como en el juego del anillo, da vueltas en redondo. Este círculo se llama *fantasma*. (...) El sujeto del deseo es sin duda

nómada, pero no por ello deja de estar engarzado a un punto fijo, a una estaca en torno a la cual va a la deriva. (...) Nótese bien que S1-S2 quiere decir que el sujeto no puede encontrar en el significante una designación propia, una representación absoluta, una identidad cierta. El sujeto del inconsciente no tiene nombre en el Otro del significante. Lo que detiene al sujeto, lo que lo fija, es el objeto. La certeza subjetiva está siempre a nivel del objeto. El objeto, en oposición a ese significante que a todos encanta, no puede ser sustituido, no representa nada para otro, no se desliza. El objeto cuadra el deseo, le da su soporte, su consistencia. (...) El sujeto del significante está siempre dislocado y falto de ser. Sólo está allí en el objeto que viste al fantasma. El pseudo *Dasein* del sujeto es el objeto, llamado *a*. (...) Se idealiza la experiencia cuando se silencia la función de repetición del fantasma, la inercia que garantiza al deseo el aglutinamiento que produce en su metonimia, el estilo moroso, el aspecto reiterativo que le da a la mayor parte de la experiencia. (...) En la experiencia el sujeto no sólo verifica la falta en ser. Si esta última es tan estragante se debe a que él también experimenta la presencia. La función de la presencia distingue el fantasma. Lacan la señala en el fantasma sadiano, pero no está reservada a él -el fantasma como fundamental es lo que recupera la función de la presencia en la experiencia de la falta-en-ser-.”

Cuando Miller responde a una pregunta relativa a la “Nota italiana” de Lacan (*Otros escritos*) habla de “la estupidez” que ha reinado entre los psicoanalistas post-freudianos respecto del “amor unitivo”: “El amor sólo puede recuperar su dignidad a través del saber, el amor no es nada más que la suplencia a la relación sexual en tanto que no existe. ¿De qué tipo es esa suplencia? Según Freud es imaginaria. Todo amor es narcisista en su fondo. Es decir que cada uno se ama a sí mismo a través de otro, pero el amor freudiano no permite salir de sí mismo. El otro del amor se reduce al yo. No es así con Lacan, al menos no con el Lacan de *Aún*. El amor reúne a dos partenaires, cada uno exiliado de la relación sexual que no existe y que deja a cada ser hablante en su soledad, fuera del espejismo narcisista. El amor no es más que un encuentro aleatorio entre dos soledades, -o tres-, donde cada uno reconoce en el otro los afectos que resultan de cómo cada uno soporta su propio exilio de la relación sexual. (...) El amor parece suspender lo real imposible de la relación sexual y darle existencia. Así, en el amor estamos ante un paréntesis de lo imposible, un paréntesis que resulta de la contingencia de un encuentro. (...) No hay amor necesario sino en tanto que fantasmático. (...) La relación analítica es el *analogon* de la relación sexual imposible; la suplencia de esa hiancia se llama transferencia -la transferencia que es amor-. Quizá un amor más digno.”

Por último, unas palabras acerca de la transmisión. Si es cierto que, como dice Miller hay una “transferencia de trabajo” fundada en un “trabajo de transferencia” (el propio análisis), distinguir entre la transmisión por repetición, *automaton* y la transmisión por *tyché*, se hace necesaria. Lacan declaró en el IX Congreso de la *ECF* que “No hay transmisión del psicoanálisis, es necesario que cada uno lo reinvente.” Reinventar en este sentido, afirma Miller, es lo contrario de inventar. “¿Qué hacer con la lectura de Lacan, cómo hacerla? (...) Para leer una expresión de Lacan es necesario recomponer toda la lógica que subyace a la emisión de la misma. No es un trabajo que se termine.”

Liliana Goya.  
Marzo 2025.-